

Feminismo y utopismo

María Isabel Santa Cruz

Aunque la filosofía académica dominante sigue considerando periférico, cuando no superfluo, lo que da a veces en llamar "cuestiones sobre las mujeres", la teoría filosófica de género, que representa, podríamos decir, el punto de intersección de los estudios feministas con la filosofía, se ha ido afianzando en esta década y tiene mucho que aportar a la pluralización de la cultura filosófica. En este trabajo intentaré mostrar que una teoría filosófica de género debe encerrar un necesario componente utópico en el sentido de que no puede prescindir de una idea reguladora en función de la cual le sea posible tanto interpretar el pasado y el presente como impulsar al diseño de prácticas orientadas a realización de una meta. Ella tiene que moverse entre la crítica y la utopía. O, mejor aún, en tanto estructura de pensamiento utópico, ella encierra una dimensión crítica, destructiva y otra visionaria o constructiva, que son interdependientes. Como los términos "utopía" y "utopismo" son polisémicos, tendré que establecer algunas distinciones para poder aclarar en qué sentido sostengo esta dimensión utópica de la teoría de género.

Pienso que la teoría filosófica de género puede nutrirse de los desarrollos filosóficos pasados y presentes y beneficiarse de ellos, ejerciendo lo que podríamos llamar un sano eclecticismo: seleccionar y tomar prestados conceptos o ideas de diferentes sistemas filosóficos, que resulten útiles y fértiles para poder plantear del mejor modo los nuevos problemas que se quiere plantear y a los cuales se quiere dar respuesta. No se trata de componer un mosaico, sino de seleccionar aquellas herramientas conceptuales que nos parecen fecundas para explicar lo que queremos explicar, sin que eso nos comprometa con el conjunto del pensamiento o la doctrina de un autor o una dirección de pensamiento. En lo que sigue he creído interesante tomar algunos elementos de los análisis de Ricoeur sobre el concepto de utopía. En menor medida también me han resultado útiles algunos de los planteos de Nozick.

I. Utopía

El concepto de utopía es variado y extremadamente complejo. Y su complejidad proviene, en muy buena medida, de que la utopía tiene una historia. Tipo de pensamiento que ha atraído a poetas, filósofos, teóricos sociales, estadistas, arquitectos, sociólogos, teólogos, novelistas, autores de ciencia ficción, sus formas y funciones han variado considerablemente a lo largo del tiempo¹. Para algunos, pueden calificarse de utopías las del mundo antiguo como la de Hipodamo de Mileto, que Aristóteles transmite en el libro II de la *Política*, y la *República* de Platón. Tal vez también las *Leyes* y la narración de la Atlántida en el *Timeo* y en el *Cratias*. Hay quienes van más atrás: utopías son la Edad de Oro y el Paraíso. Pero en sentido estricto la utopía tiene una fecha precisa de nacimiento, 1516, y un padre, Tomás Moro. El descubrió la tierra de Utopía, y su libro fue el primero en denominarla y describirla como un lugar más allá de los límites de lo real. Antes de la publicación de su obra no existía la palabra. Tomás Moro la acuñó. Y quizás tampoco existía el concepto de utopía, al menos tal como Moro lo forjó. Con él se inicia una compleja y variada historia. El esquema que introduce Moro se volverá clásico: el autor cuenta lo que le ha narrado un viajero que conoció una tierra inexplorada y le describe en detalle la estructura social de ese país distante y aislado, inexistente e inventado.

Utopía significa lugar que no existe, no lugar, ninguna parte, ningún lugar. Es la isla que no está en ninguna parte, el lugar que no existe en lugar alguno real. Utopía es "no lugar" (*outopía*), pero ese "no lugar" suele ser también una buen lugar (*eutopía*). Su sentido literal: vivir en un mundo que no puede ser pero en el cual se desea fervientemente estar². En el sentido de la obra de Moro, utopía, "ningún lugar", es la pintura de una sociedad tan disímil de nuestra realidad presente que se vuelve casi inimaginable. En algunas versiones de esta tradición, la utopía es un sueño, un tipo de juego acerca de cómo podríamos vernos a nosotros mismos, o tal vez una inversión literaria de hábitos y roles que, como el ritual del cambio

¹ Cf. Kumar, K., *Utopianism*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1991, p. 98.

² Cf. Kumar, ob. cit., p. 1.

de papeles un día en el año, refuerza el statu quo por el resto del calendario.

Según Levitas³ la utopía ha sido encarada en términos de uno, o más de uno, de estos tres aspectos: forma, contenido y función.

En el primer y originario significado, lo que distingue a la utopía es, en efecto, su *forma literaria*. Los enfoques que toman a la forma como característica primaria de la utopía tienden a aceptar que esa forma es la de la ficción literaria, casi "ciencia ficción" en el sentido más amplio del término⁴. Desde esta perspectiva, la utopía es, ante todo una obra de ficción imaginativa en la que, a diferencia de otras obras de ese tipo, el tema central es la sociedad buena. Su rasgo característico es, pues, la elaboración del tema sociopolítico idealizado en el dominio de la ficción narrativa⁵. En tal sentido, la utopía no es ni un tratado teórico ni un plan de acción. Su carácter distintivo es el de una forma literaria puesta al servicio del análisis social y de la crítica social, rasgo éste que la ha llevado muchas veces a ser desacreditada por los teóricos sociales. La utopía trata a menudo las mismas cuestiones que la teoría social más convencional, pero de modo propio y efectivo en tanto enfoca problemas familiares desde un ángulo no familiar y a una luz diferente⁶.

Tal vez el modo más corriente de aproximarse a las construcciones utópicas es en términos de sus *contenidos*. De lo que se trata, según esta perspectiva, es de determinar qué es *una* utopía, esto es, de identificar cuáles son los componentes temáticos que debe poseer un texto y a qué criterios debe responder para que se lo considere utopía. Si se apela al contenido, se distingue la utopía de otras formas de sociedad ideal, de otros tratamientos de la ciudad buena, como los mitos de una Edad de Oro, las creencias en el milenio que vendrá o la especulación filosófica sobre la ciudad ideal. Es indudable que actúan elementos ficticios en esas modalidades, pero en ninguna de

³ Levitas, Ruth, *The Concept of Utopia*, Hemel Hempstead, Philip Allan, 1990,

⁴ Cf. Kumar, ob. cit, pp. 20-21.

⁵ Cf. Bouchard, G., "Les utopies féministes et la science-fiction", *Imagine* 44 (1988), p. 78.

⁶ Cf. Kumar, ob. cit., pp. vii-viii

ellas la forma definitoria es, como lo es en la utopía, la ficción narrativa⁷.

Aun cuando el rasgo primario de la utopía sea el de la ficción imaginativa y haya una serie de ingredientes identificables en los textos utópicos, la aproximación a la utopía en términos de forma y/o de contenido es restrictiva. Debe reconocerse que otros tipos de pensamiento también pertenecen al canon utópico y es preferible entonces acercarse a la utopía en términos de *función*. Volveremos sobre este punto.

II. Ideología y utopía

La utopía, a diferencia de la ideología, se distingue particularmente por ser un género declarado: en su autodescripción la utopía se nombra utopía y se sabe utopía⁸. Existen obras que se llaman utopías, como la de Moro, pero ningún autor pretende que lo que está haciendo es ideología. Ya Mannheim en 1929 ligó ideología y utopía. Para Ricoeur, Mannheim es el primero en situar en un marco conceptual común ideología y utopía, a las que describe como formas incongruentes, cada una a su manera, en discrepancia con la realidad actual. Esto pone de relieve su cualidad de representaciones. Pero mientras que la ideología legitima el orden existente la utopía lo demuele. Ricoeur, como Mannheim, examina los conceptos de ideología y utopía dentro de un solo marco conceptual. Su hipótesis de trabajo es que "la conjunción de estas dos funciones opuestas o complementarias tipifica lo que podría llamarse la *imaginación* social y cultural"⁹.

Ideología y utopía comparten un alto grado de ambigüedad: ambas tienen un aspecto positivo y uno negativo, un papel constructivo y uno destructivo, una dimensión constitutiva y una dimensión patológica. Y en ambas el aspecto patológico aparece antes que el consti-

⁷ Cf. Kumar, ob. cit., p. 27. Sargisson, Lucy, *Contemporary Feminist Utopianism*, London-N.York, Routledge, 1996, p. 15.

⁸ Cf. Ricoeur, P., *Ideología y utopía*, trad. cast., Barcelona, Gedisa, 1989, p. 57

⁹ Cf. Ricoeur, ob. cit., p. 45.

tutivo, lo cual exige trabajar desde la superficie a la profundidad cuando se quiere desnudar sus estructuras. Ricoeur sostiene que la polaridad entre esos dos aspectos dentro de la utopía y dentro de la ideología puede esclarecerse explorando la polaridad existente entre ideología y utopía.

No pretendo entrar ahora en el fino análisis que hace Ricoeur de la ideología. Sí me interesa, en cambio, tomar algunos puntos de su tratamiento del concepto de utopía que creo útiles para mi propósito actual. Ricoeur distingue tres planos en los que opera la utopía, al igual que la ideología. Primero, si la ideología es deformación, la utopía es fantasía, lo completamente irrealizable. Raya en la locura, es una evasión, ejemplificada por la evasión hacia la literatura. Segundo, si la ideología es legitimación, la utopía es una alternativa del poder existente. Puede ser una alternativa al poder o una forma alternativa de poder. En este segundo plano, el problema es siempre la jerarquía y cómo enfrentarla y darle algún sentido. En un tercer plano, así como la mejor función de la ideología es conservar la identidad de una persona o grupo, la mejor función de la utopía es explorar lo posible, las "posibilidades laterales de la realidad".

Como la ideología, la utopía tiene, pues, en una primera mirada, una connotación despectiva: no es sino una especie de sueño social, que en buena medida representa un escapismo a la lógica de la acción. En su nivel más superficial, la utopía es fantasía, locura, evasión, algo completamente irrealizable. Aquí la utopía elimina todas las cuestiones sobre el paso del presente a un futuro utópico; no ofrece ninguna ayuda para determinar cuál sea la difícil senda de la acción o para obrar en esa senda. A menudo se considera como una especie de actitud esquizofrénica frente a la realidad, como modo de escapar a la lógica de la acción por medio de una construcción realizada fuera de la historia¹⁰. Este es un aspecto patológico de la utopía.

Es posible, para Ricoeur, partir de este significado patológico de la utopía y profundizar en ella para llegar a un nivel en el que podamos hallar una función de la utopía comparable a la función integradora de la ideología¹¹. Si de este aspecto superficial pasamos al segundo

¹⁰ *ibídem*.

¹¹ Cf. Ricoeur, *ob. cit.*, p. 57.

nivel, la utopía representa un desafío a la autoridad actual. En tal sentido, la utopía intenta afrontar el problema del poder mismo. Puede ofrecer una alternativa a ese poder o una clase alternativa de poder. Y es la cuestión del poder el punto de intersección de la utopía con la ideología¹². La utopía constituye una "variación imaginativa sobre el poder"¹³. ... "tanto las ideologías como las utopías se refieren al poder; una ideología es siempre un intento de legitimar el poder, en tanto que la utopía es siempre un intento de reemplazar el poder existente por algo diferente." "La utopía se dirige a la realidad; trata de alterar la realidad. La intención de la utopía es seguramente modificar las cosas establecidas... el impulso de la utopía tiende a modificar la realidad"¹⁴.

El problema es cómo poner fin a la jerarquía y relación de subordinación. La utopía trabaja para exponer la brecha que se abre entre las pretensiones de la autoridad y las creencias de la ciudadanía en cualquier sistema de legitimidad. "El resultado de leer una utopía es que ella pone en tela de juicio lo que existe actualmente; hace que el mundo real parezca extraño. Generalmente nos sentimos tentados a declarar que no podemos vivir de manera diferente de como lo hacemos ahora. Pero la utopía introduce ciertas dudas que destruyen lo evidente"¹⁵.

Para Ricoeur hay que buscar los rasgos permanentes y positivos de ideología y utopía. Si vamos al nivel más profundo, la mejor función de la ideología es la integración, la preservación de la identidad de una persona o grupo y la mejor función de la utopía es la exploración de lo posible, de "lo otro".

La utopía —y en este punto ya no sigo a Ricoeur— no es sólo un sueño, porque es un sueño que aspira a realizarse. Tiene un pie en la realidad.¹⁶ Aun cuando la intención de la utopía es demoler la realidad, criticarla, tiene también la intención de mantener una cierta distancia respecto de toda realidad presente, que se manifiesta en su

¹² Cf. Ricoeur, ob. cit., p. 314.

¹³ Ob. cit., p. 315.

¹⁴ Ob. cit., p. 306.

¹⁵ Ob. cit., p. 316.

¹⁶ Cf. Kumar, ob. cit., pp. 1-2.

orientación al futuro. Plantea un ideal hacia el que nos vemos impulsados, pero que nunca alcanzamos plenamente.

Esa función sana de la utopía se cumple precisamente en virtud de la noción de "ningún lugar". Para estar aquí se debe ser también capaz de estar en ningún lugar¹⁷. "Quizás una estructura fundamental de la reflexividad que podemos aplicar a nuestros papeles sociales —dice Ricoeur— sea la capacidad de concebir un lugar vacío desde el cual podamos echar una mirada sobre nosotros mismos"¹⁸. La meta planteada no es verdaderamente realizable pero tampoco imposible.

Una de las conclusiones generales de Ricoeur sobre la utopía que me parece interesante es que ellas presentan la ambigüedad de pretender que son realizables, pero al mismo tiempo reconocen que son producto de fantasía, algo imposible. Entre lo verdaderamente realizable y lo imposible existe en principio un margen intermedio. La utopía tiene un interesante potencial como instrumento de exploración del posible cambio social. No acepta ni pretende describir las cosas tal como son, sino que las ataca y propone paradigmas opuestos a la realidad hecha.¹⁹ Es o positiva y propositiva, crítica y visión. Opone al proponer. Puede oponerse porque propone. En los horizontes visionarios no se halla solución a los problemas actuales, pero sí al menos herramientas que permiten plantearlos de manera más precisa. Y en tanto meta que atrae es fuente de prácticas. Por un ejercicio de imaginación se produce un apartamiento de la situación vigente insatisfactoria.²⁰

La utopía describe un estado de perfección imposible que sin embargo y paradójicamente en un sentido genuino no está más allá del alcance de la humanidad. Está aquí si bien no ahora. El valor de la utopía radica no en su relación con la práctica presente sino en su relación con un futuro posible. Su uso "práctico" es superar la realidad inmediata para describir una condición cuya clara deseabilidad nos atrae como un imán.²¹

¹⁷ Cf. Ricoeur, ob. cit., p. 325.

¹⁸ Ob. cit., pp. 57-58.

¹⁹ Cf. Bouchard, ob. cit., p. 76.

²⁰ Cf. Bouchard, ob. cit., pp. 77-78.

²¹ Cf. Kumar, ob. cit., p. 3



III. Utopía y pensamiento utópico

Tal como antes señalamos, no puede definirse de modo común a la utopía sólo por su forma literaria. Ni tampoco por el contenido, porque diferentes utopías presentan contenidos muy diversos y aun opuestos. A falta de unidad temática, debe buscarse la unidad en su función, en su estructura funcional. Para hallar la estructura funcional de la utopía es preciso ir más allá de los contenidos específicos de utopías particulares²². Si enfocamos la utopía en términos de función, podemos trazar una distinción entre la utopía tal como tradicionalmente se la entendió y el "pensamiento utópico" o "utopismo". Se trata de ver sus rasgos como una "estructura de pensamiento"²³.

Cuando hablamos de utopía debemos distinguir, pues, entre pensamiento utópico o utopismo y utopías como modelos. El utopismo es una estructura de pensamiento y en tal sentido es formal. Es un pensamiento que exige como condición de posibilidad de la interpretación de la realidad presente y como orientadora de prácticas la presencia de una idea reguladora, de un objeto virtual, no existente como real pero sí existente como posible. Utopías como modelos son utopías provistas de contenido, descripciones trazadas con mayor o menor detalle de organizaciones, estructuras y relaciones sociales posibles.

Para caracterizar al pensamiento utópico, es posible apoyarse en la idea central de "ningún lugar", de su "extraterritorialidad". Desde ese "ningún lugar" puede echarse una mirada al exterior, a nuestra realidad, que súbitamente parece extraña, que ya no puede darse por descontada. Así el campo de lo posible queda abierto más allá de lo actual; es pues un campo de otras maneras posibles de vivir. Este desarrollo de nuevas perspectivas posibles define la función más importante de la utopía. Los diversos modelos utópicos son los modos

²² Cf. Ricoeur, ob. cit., p. 58. Sargisson (ob. cit.) se inclina por un enfoque que privilegia la función. Rechaza enfoques del utopismo que ven la utopía como programa de acción perfecto para el futuro y señala que esta caracterización no es apropiada para el utopismo feminista contemporáneo. Argumenta en favor de un utopismo transgresor que prioriza el proceso por sobre el producto e intenta conciliar el utopismo con el postestructuralismo.

²³ Cf. Kumar, ob. cit., p. 28.

en los que repensamos radicalmente la naturaleza de nuestra vida social.

Las utopías como modelos pueden dirigirnos hacia formas específicas del futuro. Pero el pensamiento utópico, como estructura, es abierto, no fija cuál sea la naturaleza del futuro, sino que marca una tendencia imaginativa hacia algo radicalmente diferente. Eso tal vez no sea lo mejor ni siquiera mejor que lo presente. Tan sólo del todo diferente, otro, de lo que ahora no parece lo mejor. Apunta a opciones nuevas, aún no exploradas.

IV. ¿Utopismo o eutopismo?

El título exacto de la Utopía de Moro es *Libellus vere aureus nec minus salutaris quam festivus de optimo reipublicae statu, deque nova insula Utopia*. Con el "*de optimo...*" se ponía en correspondencia con una fórmula de moda del Renacimiento. Pero ya no puede hablarse del "mejor estado de la república" bajo las condiciones políticas actuales. Nadie formularía hoy las propuestas de la política en vistas a un óptimo.²⁴

Al hablar de pensamiento utópico como constitutivo de la teoría filosófica de género, estoy tomando "utopía" no en el nivel superficial, sino en las otras dos dimensiones analizadas por Ricoeur. No como evasión, sino como crítica a la estructura social presente, armada sobre relaciones de poder que comportan jerarquía y, por lo tanto, discriminación, crítica hecha a la luz de una idea reguladora que representa otra estructura. No pienso, pues, en la construcción de una pintura de la mejor de las sociedades posibles. En todo caso, parece si no imposible al menos extremadamente difícil pensar que pueda existir un solo y único mundo que sea el mejor para todos los seres

²⁴ Cf. Luhmann, N., "Kapitalismus und Utopie", *Merkur* 48 (1994) 3, p. 195. En este interesante artículo, Luhmann conecta capitalismo y utopía. Advierte de entrada que podría ponerse en duda la legitimidad de tal vinculación, ya que se trata de dos nociones que proceden de contextos muy diferentes tanto históricos como efectivos. De "utopía" se habla desde principios del XVI en conexión con la obra de T. Moro (1516), mientras que "capitalismo" es corriente recién en la segunda mitad del XIX. Marx no usa ese término, sino que habla de modo de producción capitalista.

humanos, dada la inmensa complejidad de sus peculiaridades y de sus relaciones. La idea de que hay una sociedad que es para todos la mejor en la cual vivir suena increíble. Y la idea de que si hay una, sabemos lo suficiente como para estar ahora en condiciones de describirla es aún más increíble²⁵. Al hablar de pensamiento utópico pienso más bien en la visión de sociedades posibles imaginables en los cuales fuera deseable vivir. Y en las cuales se elegiría vivir, de preferencia a cualquier otra sociedad imaginable. Al hacer esta caracterización evito deliberadamente juicios de valor. No estoy diciendo que una sociedad, por el hecho de que se prefiera vivir en ella, sea necesariamente más buena que aquella otra en la cual no se elegiría vivir. Sólo es más deseable. Puedo imaginar una sociedad posible en la cual vivir, que no necesita contener a cada uno de los que ahora viven en la sociedad real y puede contener seres que nunca han vivido realmente²⁶. Puedo imaginar una sociedad en la que las relaciones de género no sean relaciones jerárquicas, marcadas por el poder. Pero debo imaginar que en ella cada uno de sus pobladores tendrá el derecho de imaginar sociedades posibles y de elegir si prefiere quedarse en aquella en la que ahora vive o emigrar de ella.

El pensamiento utópico no consiste en una específica concepción de una sociedad posible sino en la posibilidad de construir utopías, muchas comunidades diversas y divergentes en las cuales las personas lleven diversas y divergentes formas de relaciones sociales. El pensamiento utópico es un marco para las utopías²⁷. Esto es, la estructura utópica es una suerte de forma que puede llenarse con diferentes, coexistentes o sucesivos contenidos, que se diseñarán sobre la base de la realidad existente, pero no quedarán atrapados en ella. Como la realidad existente es histórica y contingente es preciso ensayar e ir corrigiendo los modelos teniendo siempre presente, como idea reguladora, una sociedad posible que sea preferible elegir. El pensamiento utópico se caracteriza así por la provisoriedad que poseen sus diversos modelos.

²⁵ Cf. Nozick, *Anarquía, estado y utopía*, trad. cast., México, FCE, p. 299.

²⁶ Cf. Nozick, ob. cit., p. 288.

²⁷ Cf. Nozick, ob. cit., p. 300.

Cabe aclarar que esto no compromete con una idea de progreso. Porque el progreso implica que se avanza hacia algo que es siempre mejor que lo anterior. Y, como ya señalé, no me inclino por la idea del mejor de los mundos posibles. Si supusiéramos que hay una única clase de realidad que es la mejor para todos, tendríamos el problema de decidir cómo sabemos que ella es la mejor. Yo puedo decidir que tal modelo es el mejor y este modelo inmediatamente se enfrentará al modelo que otro y otra postule como el mejor. Debería haber un criterio exterior, un patrón de medida que permitiera decidir cuál de ellos es el mejor, una suerte de paradigma platónico. Y, además, supuesto que lo hubiera, deberíamos poder conocerlo. Hay que abandonar, pues, el falso supuesto de que hay una sola clase de sociedad que es la mejor para todos²⁸

"Dada la enorme complejidad del hombre —dice Nozik—, sus muchos deseos, aspiraciones, impulsos, talentos, errores, amores, tontearías, dado el espesor de sus niveles, facetas, relaciones entretejidos e interconectados (compárese la delgadez de la descripción del hombre que hace el científico social con la de los novelistas) y dada la complejidad de instituciones y relaciones interpersonales y la complejidad de coordinación de las acciones de muchas personas, es enormemente improbable que, aun si hubiera una sola pauta ideal para la sociedad, se pudiera llegar a ella de esa forma a priori (en relación con el conocimiento presente). Y aun suponiendo que algún genio llegara con el plano completo, ¿quién tendría confianza en que funcionaría bien?"²⁹

Cuando hablamos de utopía, entonces, distingamos entre utopismo o pensamiento utópico y utopías propiamente dichas, esto es, entre el marco y las comunidades particulares dentro de ese marco. Vivimos en comunidades particulares. En consecuencia, no es ocioso intentar una descripción particular de una comunidad particular. El marco sirve precisamente para permitirnos diseñar comunidades particulares³⁰. Los diferentes modelos —que no tienen que ser proyectos detallados de la estructura y funcionamiento de una sociedad (los *blueprints* contra los que acometía Popper)— son interesantes y

²⁸ Cf. Nozik, ob. cit., p. 306.

²⁹ Ob. cit., p. 301.

³⁰ Cf. Nozik, ob. cit., p. 318.

necesarios. Son los modos de dar cuerpo a la forma utópica, necesaria a todo movimiento con intenciones transformadoras.

Quiero insistir en que el hecho de la deseabilidad compartida por todos los seres humanos no garantiza por sí solo que una sociedad sea moralmente buena. En todo caso garantiza que todos tienen en ella las mismas posibilidades y prerrogativas, que se da una igualdad real, condición de posibilidad de una sociedad moralmente buena, pero condición de posibilidad también de que todos sus habitantes tengan —para decirlo con la irónica paradoja de A. Valcárcel³¹— idéntico derecho al mal.

V. Utopismo y feminismo

La teoría filosófica de género tiene que ver con cambios sociales. Y si es así no puede carecer de una dimensión utópica. En este contexto utopía no tiene el significado de un sueño social que se sabe irrealizable, sino de crítica hecha a la luz de un futuro posible que permite el diseño de prácticas. Que la teoría filosófica de género deba ser un pensamiento utópico surge directamente del hecho de que lo que pone en cuestión es el lugar de los seres humanos, el lugar en el cual se dan las relaciones entre ellos. Lugar que es todavía un ningún lugar. Este lugar, se lo defina como sea, está inmerso en la vida social. Cambiar o transformar ese lugar supone cambios y transformaciones profundos que tienen que ver con la identidad personal, elecciones sexuales, ordenamiento de la familia, costumbres de crianza de los niños, patrones educativos.

Hay quienes sostienen que si las mujeres pueden acceder a los puestos siempre detentados por hombres, a una plena participación política —y los hombres, a su vez, a la esfera de lo doméstico— la sociedad cambiará para mejor. Acá está presente la convicción, sostenida por feministas actuales y algunas de las feministas americanas del movimiento de mujeres del siglo XIX, de que la sociedad mejorará con el acceso de las mujeres a la esfera pública en razón de la inherente virtud de las mujeres, es decir, su superioridad moral intrín-

³¹ Cf. "El derecho al mal" en *Sexo y filosofía*, Barcelona, Anthropos, 1991, pp. 169-184.

seca respecto de los hombres. Para algunas autoras que celebran la diferencia, como M. Wittig, las mujeres son intrínsecamente buenas y los hombres intrínsecamente malos. Las mujeres deben, pues, liberarse del mundo construido por los hombres y, por implicación, liberarse de la lucha por cambiar el mundo para mejor. Esta perspectiva oculta un nuevo esencialismo biologista: encapsula la creencia de que las mujeres son seres superiores a los hombres, en virtud de su identidad física como mujeres³². Es éste un punto que no puedo compartir, y estoy de acuerdo con Hester Eisenstein: "Con Nancy Chodorow, creo que las mujeres, como los hombres, son seres socialmente producidos y pueden cambiar. Y con Jane Addams creo que las mujeres son perfectamente capaces de ser corrompidas por el poder, pero que hasta el presente momento histórico simplemente no se les ha dado la oportunidad"³³. En la teoría filosófica de género opera un elemento de pensamiento visionario, futurista. Este abarca un concepto de transformación social, de cambio de todas las relaciones humanas. Pero no sabemos si para mejor o para peor.

Si la utopía como marco, es decir el pensamiento utópico, es componente necesario y fértil de la teoría filosófica de género, muchos de los modelos en los que se ha corporizado distan de ser atractivos y presentan una pintura rígida de una presunta sociedad buena. Una de las primeras utopías feministas, *Herland* (1915) de Charlotte Perkins Gilman, feminista americana socialista (en realidad una mordaz crítica, tras la ficción narrativa, de las relaciones sociales opresivas, respuesta a la presentación de las mujeres en la muy popular *Looking Backward* de Edward Bellamy), pinta una amable sociedad matriarcal en la que los hombres han sido eliminados en una época anterior y las mujeres dan a luz en un acto ecstático de partenogénesis.

Tomaré sólo un ejemplo que no por conocido deja de ser interesante: la propuesta utópica feminista de Shulamit Firestone, expuesta en su *Dialéctica del sexo*. La obra apareció en 1970, dentro de la línea de movimientos contra la familia y experiencias de vida colectiva o comunitaria que se produjeron en los años sesenta. Quienes creyeron hallar en ello soluciones, pronto advirtieron que la materni-

³² Cf. Eisenstein, Hester, *Contemporary Feminist Thought*, Boston, G.K. Hall & Co., 1983, p. xviii.

³³ Idem, p. xiv.

dad seguía siendo un problema no resuelto. Una línea de pensamiento feminista —que tiene todavía representantes— enrolada en una postura radicalizada, rechazó la maternidad y todo lo asociado con ella, argumentando que es un mecanismo básico de subordinación de las mujeres. Mientras sigan criando hijos, las mujeres inevitablemente seguirán estando oprimidas y subordinadas.

Firestone parte de una redefinición del materialismo histórico, al que considera insuficiente para explicar la opresión específica de las mujeres. Es preciso ir al verdadero substrato de la opresión y analizar la dinámica de las "clases sexuales", de la guerra entre los sexos, de la dialéctica del sexo, substrato de las demás dialécticas, entre ellas la de clases. La función maternal como rol social ha sido impuesta a las mujeres, tomando como base la anatomía femenina. Esta ha sido el pretexto del patriarcado para explotar el cuerpo de las mujeres. Como consecuencia de la diferencia biológica en la reproducción de la especie se produce una división sexual del trabajo que implica poder diferencial dentro de la familia biológica. Esta no es sino una célula de producción tendiente a fabricar bebés y que explota a las mujeres con ese fin. "El embarazo es bárbaro". "Es la deformación temporaria del cuerpo del individuo para el bien de la especie". Se torna, pues, preciso, para erradicar la opresión, ir al fondo de ella. Hace falta una revuelta de las mujeres para controlar los medios de reproducción. Si eso ocurre, se llegará a algo radical: la neutralización cultural de las diferencias sexuales, que no tendrán ya traducción cultural y con ello tocará a su fin todo sistema de sexo género. El proyecto de su feminismo radical está exigido y posibilitado por el desarrollo de las condiciones tecnológicas. Antes de su tiempo no era ni concebible ni viable. Las nuevas tecnologías, que no son per se inhumanas, deben ser usadas por la sociedad para hacer mejor y más justa la existencia humana. Son ellas las que pueden ayudar a las mujeres a dislocar la función maternal y liberarlas de la responsabilidad física de la reproducción de la especie, La inseminación artificial, la fertilización in vitro y los úteros artificiales, acompañados de nuevas formas de vida comunitaria, son armas potencialmente subversivas, que podrán acabar con el estado de naturaleza.

La meta final de ese proceso que se inicia con la disolución de la familia por la revolución sexual, que lleva a la superación de las categorías de "hombre" y "mujer", es la realización de la completa y plena felicidad, resultado del desarrollo de una conciencia universal. Pero la propuesta de un "socialismo cibernético" es reductora y sim-

plificadora, entre otras cosas porque no puede prever una serie de consecuencias del uso de la tecnología para la reproducción artificial.

La utopía ha estado de moda y ha dejado de estarlo a lo largo de sus quinientos años de existencia. Pero ha tenido notable relevancia como forma y como modo de pensar. Se han dado en nuestro tiempo fuertes ataques a la utopía, sosteniendo, por ejemplo, que por su modo de proceder y por sus supuestos básicos sobre la naturaleza de la sociedad y de la humanidad puede llevar a la tiranía y al totalitarismo³⁴. Otras voces y por otras razones proclaman la "muerte de la utopía". Sin embargo, la riqueza de sus recursos le da capacidad para sobrevivir y para revivir. Concepciones utópicas son indispensables a la política, que sin ellas puede caer en un vacío sin alma, en un mero instrumentalismo sin propósito o visión. Pero esto no significa que haya que tratarlas como programas de acción.

En las puertas del siglo XXI la utopía tiene tal vez mucho que hacer. Porque, como dice Ricoeur, la utopía tiene capacidad "para irrumpir a través de la densidad de la realidad" y redescubrir la vida³⁵. Hay razones para urgir y esperar una renovación de la utopía. Porque el pensamiento utópico debe cuidarse de acabar en un cuadro pintado, rígido, después del cual no hay historia, en la que el tiempo queda detenido y todas las cosas deben responder al modelo. Para Ricoeur, la muerte de la utopía significaría la muerte de la sociedad. Una sociedad sin utopía estaría muerta, porque no tendría ningún proyecto, ninguna meta en el futuro. "En una época en que

³⁴ Cf. Kumar, ob. cit., p. 90-91. La utopía ha estado ligada a la idea de progreso, felicidad creciente y fe en la razón, ideas que parece han sido burladas por múltiples acontecimientos del XX. Lo que los antiutopistas creen no es que la utopía sea irrealizable, sino precisamente lo contrario. Y lo que los espanta es la invencible demencia de la humanidad. Una actitud antiutópica como la de Popper nació no sólo de una convicción filosófica, sino también de la historia de nuestro siglo. Lo que Popper tiene en mente es la utopía nazi. Pero una cosa es un razonable pesimismo y otra es repudiar sobre esas bases la utopía.

³⁵ Cf. Ricoeur, ob. cit., p. 324.

todas las cosas están bloqueadas por los sistemas que han fallado pero que no pueden ser vencidos —tal es mi apreciación pesimista de nuestra época— la utopía representa nuestro recurso. Podrá ser una evasión pero es también el arma de la crítica. Es posible que épocas particulares pidan utopías. Me pregunto si nuestro período actual no será una de esas épocas, pero no deseo profetizar; éste es otro asunto”³⁶.

En este fin de siglo las formas más vitales de utopismo han de hallarse dentro de los nuevos movimientos sociales que han surgido en respuesta a los nuevos problemas en la sociedad industrial tardía. Principal entre ellos es el feminismo contemporáneo³⁷. La fase reciente del movimiento feminista debe mucho de su fuerza conductora a la entrada de las mujeres en el mundo del trabajo en cantidades sin precedente. Han surgido nuevos problemas —relaciones entre hombres y mujeres, crianza de los niños, ordenamiento de la labor doméstica—, que han dado lugar a un movimiento para interpretar y ajustarse a los cambios. Las expresiones culturales del movimiento han sido notables por su profundidad e intensidad³⁸.

Es tal vez inevitable que la teoría feminista se aferre a la utopía. ¿Dónde serían libres e iguales las mujeres sino en un lugar que es no lugar? Ninguna sociedad conocida en la historia les ha concedido igualdad material o simbólica con los hombres³⁹. Así pues, al afirmar

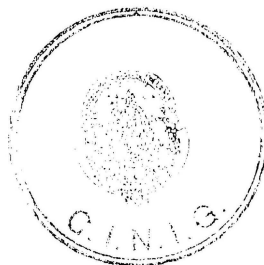
³⁶ Ob. cit., p. 316.

³⁷ Buena parte de las utopías feministas son también ecotopías, utopías ecologistas, casi desde *Herland*. La dominación masculina se asocia a menudo en esas utopías a los usos explotativos y destructivos de la ciencia y la tecnología. Así a menudo se encuentran ligados en las mismas obras utópicas feminismo y ecología. Cf. Kumar, ob. cit., p. 103.

³⁸ Cf. Kumar, ob. cit., pp. 101-2; 106.

³⁹ Por otra parte, es interesante advertir que, en su conjunto, la ciencia ficción y la utopía masculinas han tratado la cuestión de la relación entre los sexos de manera regresiva o conservadora. La gran mayoría de los utopistas han ignorado simplemente la cuestión del papel y posición de las mujeres; de ahí que, si la utopía tiene por fin identificar y tratar de resolver los problemas sociales serios, la posición social de las mujeres no constituía, para la mayoría de los utopistas, un problema mayor, puesto que la inferioridad femenina se había vuelto un truismo. Y cuando han abordado la cuestión, poco han contribuido al mejoramiento de la condición de las mujeres. Cf. Bouchard ob. cit., p. 91.

la dimensión utópica necesaria en la teoría feminista, debemos excluir por completo un componente que está presente en muchas utopías (como la de Fourier, por ejemplo): el retorno, el olvido de algo pasado y la necesidad de recuperar los orígenes o un "paraíso perdido"⁴⁰.



⁴⁰ En su sentido crítico y transformador de lo real, una utopía, actuando como polo de atracción genera prácticas. Cuando de esto se trata parece que hay una elección política fundamental en las utopías feministas, como observa Marcelle Marini: ¿la acción y el pensamiento feministas son transitorios en el sentido de camino para lograr una sociedad realmente mixta no existente aún en nuestra historia real? ¿O bien se trata de construir una sociedad y una cultura femeninas, paralela a la sociedad y cultura masculinas, con sus reglas de juego propias y pensada como sustituto de las existentes? Esto genera dos actitudes diferentes. En el primer caso se concibe la acción y las instituciones feministas como una mediación necesaria para que algún día las mujeres tengan su papel de actrices en la escena política y cultural. En el segundo, en cambio, se da por meta el advenimiento de una sociedad en la que lo femenino sea el solo modo de engendramiento, sociedad sexuada separada o bien asexuada, andrógina, por reabsorción de las diferencias. Esas dos utopías, más o menos claramente formuladas, engendran estrategias diferentes en el presente (cf. "D'une création minoritaire à une création universelle", *Les Cahiers du Grif* 45, 1990, p. 54).